

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, lowercase, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## La mutación de la política [Mutation of politics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Arditi,Benjamín
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-05-17 01:27:10
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/219423">http://hdl.handle.net/20.500.12424/219423</a>

Nueva Sociedad Nro. 150 Julio-Agosto 1997, pp. 10-18

# LA MUTACIÓN DE LA POLÍTICA

## Un mapa del escenario post-liberal de la política

Benjamín Ardití

Benjamín Ardití: politólogo paraguayo, investigador del Instituto Mora, México.

Palabras clave: democracia, ciudadanía, post-liberalismo.

Según Claude Lefort, la sociología política da por sentado que «las sociedades democráticas modernas se caracterizan, entre otras cosas, por el hecho que delimitan una esfera de instituciones, relaciones y actividades políticas que se diferencia de otras esferas que serían económicas, jurídicas, etc.»<sup>1</sup>. La política, dice, es vista como el lugar donde los partidos compiten entre sí, y donde se configura y se reproduce un dispositivo general de poder. Luego agrega: «se acepta este modo de manifestarse de lo político sin ... examinar la forma de sociedad dentro de la cual ocurre y se legitima la división de la realidad en distintos sectores. El hecho de que en un momento dado la política esté circunscrita en el seno de la vida social tiene un significado político ... [que] plantea el tema de la constitución del espacio social, de la forma de sociedad o la esencia de lo que alguna vez se llamó la 'ciudad'».

### El desbordamiento de la esfera de la representación política

Aceptemos –como sin duda debemos aceptar– que existe una esfera política, que la política es algo que ocurre en una esfera de instituciones, relaciones y actividades determinadas. Muchos piensan de inmediato en autoridades públicas, en partidos, candidatos y elecciones, y, por supuesto, en personas que se ganan la vida como miembros electos en órganos de representación territorial (congreso nacional, legislativos municipales, etc.) o como ocupantes de altos puestos de confianza en dependencias administrativas del Estado. En un plano más analítico, la política evoca la figura del ciudadano elector, relaciones de poder, conflictos, negociaciones y acuerdos entre gobierno y oposición, y entre partidos o facciones partidarias. No cabe duda de que todo esto es 'política', y en términos generales coincide con la manera en que el liberalismo democrático concibe la esfera del intercambio político. Pero también aceptemos, como señala Lefort, que la existencia de una esfera de la política no

---

<sup>1</sup> Claude Lefort: «The Question of Democracy» (1983), en *Democracy and Political Theory*, Polity Press, Cambridge, 1988, p. 11.

se deriva de la naturaleza de la cosa política como tal. Antes bien, es el resultado de condiciones que, en cierto momento, hicieron posible –y tal vez conveniente circunscribir eso que denominamos 'política' dentro del ámbito de la ciudadanía, las elecciones y los partidos políticos. Esto significa que la delimitación de la cosa política dentro de una esfera particular no es un hecho absoluto e inmutable, y que si bien esa esfera es un lugar de la política, no es el único lugar posible.

Mi hipótesis es que estamos entrando en una nueva fase de la política caracterizada por la diseminación de espacios y formatos del intercambio político. Las arenas electorales del Estado nacional –el locus clásico de la concepción liberal de la política ahora coexisten con otros modos de intercambio político que no se sitúan dentro del marco de la representación territorial en sentido estricto. Hay varios indicadores de esta diseminación. Uno es la expansión de la política más allá de las fronteras del Estado nacional. Otro es el desarrollo de iniciativas populares y esquemas neocorporativos que 'puentean' a los partidos y establecen mecanismos y canales de negociación política con el Estado al margen de la representación territorial. Un tercer indicador es la politización de temas de clase, género o medio ambiente con la multiplicación de movimientos e iniciativas sociales. Esto también ilustra un modo de intercambio político al margen de los partidos. Pero a diferencia del neocorporativismo o de las iniciativas populares, los movimientos plantean la política en el terreno de la propia sociedad civil y cuestionan que el Estado soberano sea el lugar y objeto exclusivo de la acción política.

La diseminación va configurando un escenario polifónico cuyos rasgos distintivos son la diversidad de voces capaces de hablar políticamente, la presencia no de uno, o dos, sino de múltiples espacios donde se hace política, y el posible agrupamiento sistémico de algunas voces, espacios y prácticas. Esto último es especialmente llamativo: eventualmente podríamos describir estos agrupamientos como circuitos políticos y caracterizar el escenario emergente como una suerte de archipiélago de circuitos. El objetivo de esta intervención es mapear sus contornos.

### Un archipiélago de circuitos políticos

Un circuito supranacional de la política podría surgir como resultado del desbordamiento del intercambio político más allá de las fronteras físicas del Estado nacional. La Unión Europea (UE) es un buen ejemplo. Aún es temprano para precisar cómo va a modificar el concepto clásico de ciudadanía atado a la idea de nación, pero hay indicios que apuntaría a lo que Turner llama 'membresía global'<sup>2</sup>. De implementarse el tratado de Maastricht, ciudadanos de

---

<sup>2</sup> Bryan Turner. «Outline of a Theory of Citizenship» en Chantal Mouffe (comp.): *Dimensions Of Radical Democracy*, Verso, Londres, 1992 (esp. pp. 58-59); v. tb. Etienne Balibar: «¿Es posible una ciudadanía europea?» en *Revista Internacional de Filosofía Política* Nº 4, Madrid, 11/1994, pp. 22-40.

cualquier Estado miembro de la UE residentes en otro país miembro podrán ser electores y candidatos en elecciones municipales de ese país. También podrán votar y ser candidatos en elecciones para el Parlamento Europeo. Esto abre un Campo Político multidimensional, una serie de escenarios simultáneos para el ejercicio de la ciudadanía: no sólo local, regional y nacional, sino también un espacio político europeo, Por otra parte, las regiones de países miembros de la UE podrían intervenir en ámbitos supranacionales para presionar a sus respectivos gobiernos para que adopten tal o cual política pública. Más aún, si el Comité de las Regiones deja de ser un cuerpo consultivo y asume facultades resolutorias, esto es, si se convierte en una suerte de Cámara de las Regiones como quieren las autonomías 'históricas' de España, Cataluña, Galicia y el País Vasco, Los ecologistas, pero también los sindicatos, las organizaciones de mujeres, grupos homosexuales y activistas de derechos humanos ya operan en diferentes escenarios dentro y fuera de las fronteras nacionales. Intervienen en arenas supranacionales para luchar por normativas y regulaciones sectoriales, o para buscar financiamiento de agencias comunitarias para sus proyectos.

Un segundo circuito puede surgir a través de la formalización de los intercambios políticos entre movimientos sociales. La legitimación de la acción movimientista hoy apunta al desarrollo de redes, toros o nexos sistémicos entre sus organizaciones, De momento estos esfuerzos no han cuajado en una institucionalización comparable a la de la política luego de la introducción del sufragio universal o de la creación de un sistema de partidos. Pero si la construcción de redes avanza más, los nexos entre organizaciones eventualmente pueden dar origen a un equivalente asociativo del sistema de partidos.

Claus Offe insinúa algo parecido en el caso de grupos de interés organizados, al referirse a los esquemas corporativos como parte de un 'circuito secundario' de la política. Philippe Schmitter también, aunque prefiere hablar de una ciudadanía secundaria o de un 'segundo nivel' de la política<sup>3</sup>. Ambos ven a este circuito como un suplemento de la ciudadanía primaria de la representación territorial. Lo interesante es que Schmitter lleva esta idea un paso más allá: intenta desarrollar sus aspectos operativos para presentarla como parte de un programa de reforma política. Específicamente, propone institucionalizar ese circuito y otorgar financiamiento público a los actores que operan en él. Schmitter parte de una constatación elemental, a saber, que el pensamiento democrático tradicional considera a los ciudadanos individuales como los únicos actores relevantes, mientras que en la sociedad moderna los grupos de interés juegan un papel político cada vez más prominente. Además, dice, la

---

<sup>3</sup> Claus Offe: «The Attribution of Public Status to Interest Groups» (1977) en *Disorganized Capitalism*, Polity Press, Cambridge, 1985; y Philippe Schmitter: «Democracia corporativa. ¿Una expresión contradictoria? ¿Sólo lerda? ¿Una salida prometedora de la coyuntura actual?» y «Algunas reflexiones posteriores acerca de la democracia corporativa» en *Teoría del neocorporatismo*, Universidad de Guadalajara, México, 1992, pp. 399-447 y 449-469 respectivamente. Todas las referencias a Schmitter son de estas fuentes.

concepción liberal de la democracia se basa primordialmente en la competencia electoral entre partidos políticos, pero los grupos de interés plantean formas de deliberación, negociación e identificación simbólica al margen de la representación electoral. Tal es el caso de los esquemas corporativos estudiados por Offe y el propio Schmitter. Con todo, los grupos de interés no pueden ser tratados de la misma manera que los individuos pues tienen mayor poder que éstos, son de carácter permanente y no son sujetos morales. Y, aunque exigen los mismos derechos que los partidos políticos y se ven a sí mismos como exponentes de formas democráticas más radicales, no se puede dar por sentado que todos ellos son prima facie democráticos. Si el objetivo es fortalecer la democracia aceptando la existencia de grupos de interés, dice Schmitter, entonces se debe regular su funcionamiento.

Su propuesta consiste en asignar un estatuto semipúblico a los grupos de interés, financiarlos a través de contribuciones obligatorias y dejar que los propios ciudadanos –en vez del Estado– se encarguen de asignar los fondos a las distintas asociaciones. El financiamiento provendría de un impuesto especial cobrado a cada contribuyente. Schmitter calcula que si se implementara su propuesta en Estados Unidos estableciendo un monto único de 25 dólares por contribuyente, habría un total de casi 2.500 millones de dólares disponible para los grupos que se mueven en el circuito secundario. El financiamiento estaría limitado a organizaciones que cumplen ciertos requisitos, como la elección democrática de sus dirigentes, la transparencia en el manejo de sus finanzas o dedicarse a actividades sin fines de lucro. Las organizaciones que califican serían consideradas como instituciones 'cívicas' o 'semipúblicas' e incluidas en el formulario de declaración de impuestos. Cada contribuyente tendría 'cupones' por el monto de su impuesto y los distribuiría de acuerdo con sus preferencias. Los cupones serían el equivalente de los 'votos' en el ámbito de la ciudadanía primaria. Este proceso generaría un circuito político paralelo en el que los posibles beneficiarios competirían por los cupones-votos. Schmitter sostiene que el circuito de la 'ciudadanía secundaria' no reemplaza sino suplementa a las instituciones políticas liberales. Lo ve como una opción democrática post-liberal en el contexto de la sociedad moderna, donde la ubicuidad de los intereses privados difícilmente permite hablar del 'interés general'.

La viabilidad de esta propuesta –al menos en su forma actual– parece estar circunscrita a países relativamente prósperos, o al menos a aquellos países con una masa razonablemente elevada de contribuyentes y mecanismos de control fiscal eficientes. Pero no es tan hipotética como parece. En algunos países ya existen experiencias similares, aunque menos ambiciosas. Tal es el caso de España, donde hace algunos años el Gobierno incluyó una sección conocida popularmente como 'el 0,5' en el formulario de declaración del Impuesto a la Renta de las Personas Físicas (IRPF). El contribuyente puede decidir si el 0,5% de sus impuestos se destinará a la Iglesia católica o al Ministerio de Asuntos Sociales –que a su vez lo canaliza a proyectos de

organizaciones no gubernamentales (ONGs) y de otras agrupaciones sin fines de lucro–, Aunque el contribuyente sólo puede optar entre estos dos beneficiarios, 'el 0,5' demuestra la viabilidad operativa de la propuesta de Schmitter. Además, es una experiencia que ilustra una posibilidad democrática muy distinta de la ciudadanía primaria de la esfera liberal. La categoría básica no es el ciudadano elector, sino el contribuyente; la participación política no se refiere al proceso de constitución de autoridades territoriales, sino al proceso de asignación del presupuesto estatal; la competencia entre los posibles beneficiarios no es entre partidos políticos, sino entre una Iglesia y un río; los contendientes no son beneficiados con cargos públicos, sino dos; y, por último, tal como en las pugnas electorales hay incertidumbre de los resultados, también la hay en la competencia entre las instituciones: la población española es eminentemente católica, pero hasta ahora la mayoría de los contribuyentes optó por asignar su fracción del impuesto al Ministerio de Asuntos Sociales. No obstante, esto puede cambiar en otro año fiscal.

Esta discusión permite identificar tres grupos de voces, espacios y relaciones que podríamos describir como circuitos políticos. Cada uno de ellos estaría asociado con un tipo de ciudadanía: la ciudadanía primaria de la representación territorial, la ciudadanía secundaria de las asociaciones, y la ciudadanía supranacional que surge como posibilidad en espacios transestatales como la UE. A su vez, cada uno tendría su respectiva configuración de intereses, demandas, identidades, instituciones y procedimientos. El cuadro que viene a continuación sintetiza algunas de sus características.

Este archipiélago de circuitos puede ser concebido como síntoma de un escenario posliberal de la política. Esto no quiere decir que la política partidaria haya llegado a su fin o que todos los formatos de intercambio político tengan el mismo peso. Tampoco implica una ruptura total con el pasado, o un proceso universal que ocurre simultáneamente en todas partes. Los cambios esbozados aquí sugieren una tendencia –un diagnóstico de lo que viene– y no un fenómeno único y exhaustivo. Me inclino por esta interpretación a pesar de la permanencia de la esfera de la representación territorial y aún reconociendo –como ciertamente debemos reconocer el peso inercial del discurso y las instituciones liberal democráticas en el pensamiento político contemporáneo. En el futuro previsible todo indica que la esfera partidaria va a mantener su preeminencia como punto nodal en el escenario político, sea por el tipo y la variedad de recursos que maneja o porque su campo de decisión afecta a un amplio espectro de actores e instituciones. Lo denomino 'posliberal' sólo porque el sistema de partidos, a pesar de ser un punto nodal, está inscrito en un escenario más amplio. No puede ser visto como el formato institucional único de la política una vez que comienza a conformarse un contexto polifónico como efecto de la diseminación de espacios fuera de las instituciones políticas de la democracia liberal. En otras palabras, el uso del prefijo 'pos' alude al rebosamiento antes que al ocaso de la esfera liberal de la política.

Tipos de ciudadanía			
	Primaria	Secundaria	Supranacional
Competencia electoral	•		•
no electoral		•	•
Representación territorial	•		•
funcional	•		•
otra		•	
Instituciones ejecutiva	•	?	•
legislativa	•	?	•
judicial	•	?	•
reguladoras	•	•	•
Obligaciones políticas	•		•
morales	•	•	•
Demandas simbólicas	•	•	•
materiales	•	•	•

• = sí  
? = incierta

### La tentación de oponer sociedad y Estado

Con todo, el escenario político polifónico de los circuitos paralelos, o, si se considera que aún es prematuro hablar de circuitos, al menos con una gama de espacios, identidades y formatos de intercambio político no partidista, tiene sus problemas. Schmitter describía la relación entre ciudadanía primaria y secundaria como una de complementariedad. Esto es, no esperaba una superposición significativa –y por consiguiente tampoco una rivalidad potencial– entre el ámbito de las instituciones políticas liberales y el segundo circuito de la política. Si bien esto es correcto, no hay que olvidar que la complementariedad no siempre implica articulación, y mucho menos armonía entre circuitos. Prima facie, en el escenario polifónico de la política sólo cabe hablar de cohabitación entre partidos y movimientos, o entre los distintos espacios políticos. Pero la relación entre ellos también puede ser construida de otra manera. Por ejemplo, la opción por un formato de intervención política en vez de otro puede ser resultado de la inexperiencia de los participantes, o de consideraciones ideológicas antes que pragmáticas. Algunos partidos siguen viendo a movimientos y asociaciones como rivales en el mercado político, y a veces el prejuicio anti político de activistas sociales (más precisamente, un prejuicio anti

partido o anti Estado) los lleva a concebir la intervención en política electoral como un compromiso inaceptable.

Este tipo de oposición maniquea de 'o lo uno o lo otro' aparece con frecuencia en los argumentos esgrimidos por la tradición movimientista, y deriva de una opción implícita por la sociedad y en contra del Estado y del sistema de partidos. El razonamiento se basa en dos tipos de argumentos. Uno se refiere a la falta de control sobre la acción partidaria. El estudio clásico de Roberto Michels demostró que la lógica interna de los partidos, como instrumentos de organizaciones de masa, distorsiona el principio de representación. Los partidos, dice Michels, no son meros representantes de intereses preexistentes. Al contrario, organizan y canalizan esos intereses, y a la vez introducen su propia agenda e intereses políticos. Los movimientos sociales frecuentemente critican a los partidos por esto. Sin embargo, esto refleja una creencia bastante cuestionable, a saber, que las organizaciones intermedias son meras expresiones de intereses autónomos, y que de alguna manera evitan el problema de la distorsión de la voluntad popular que aqueja a la representación partidaria.

El otro argumento es que si la política no se limita al ámbito de demandas, agentes o instituciones estatales, ¿por qué no desplazar la acción al terreno más amplio y deseable de la sociedad civil? Esto refleja la lógica de 'la sociedad contra el Estado' y de 'los movimientos contra los partidos políticos'. Pienso, por ejemplo, en argumentos inspirados en el trabajo de Pierre Clastres acerca de las sociedades sin Estado de los Tupi Guaraní en Brasil y Paraguay<sup>4</sup>. Sus observaciones apuntan a una dicotomía moral entre el 'Estado malo' y la sociedad entendida como una suerte de 'buen salvaje'. Esta contraposición entre Estado y sociedad no es nueva. Como señala Rancière, «la gran ilusión metapolítica de la modernidad es precisamente este antagonismo entre una sociedad modesta y un Estado inmodesto, un antagonismo con cuyos términos los liberales y los socialistas nunca dejaron de comulgar»<sup>5</sup>. Este tipo de razonamiento reaparece en algunas críticas del Estado y de la política partidaria, y en opciones estratégicas que rechazan la intervención en el circuito de ciudadanía primaria a través de la reivindicación de intercambios políticos estrictamente dentro de lo social.

También hay propuestas que exageran los posibles efectos democráticos de las asociaciones en relación con la política centrada en los partidos y el Estado. Hirst propone un modelo de democracia basado en la tradición pluralista inglesa y en la idea de cooperación entre asociaciones coordinadas

---

<sup>4</sup> V. Pierre Clastres: *Society Against the State* (1974), Urizen, Nueva York, 1977, pp. 19-37 y 159-186. Elizabeth Kiss discute el problema de una política centrada en la sociedad Civil en «Democracy Without Parties?» en *Dissent*, primavera 1992, pp. 226-231.

<sup>5</sup> Jacques Rancière: «Democracy Corrected» en *On the Shores Of Politics*, Verso, Londres, 1995, p.106.

informalmente<sup>6</sup>. Al igual que Schmitter, ve al asociacionismo menos como alternativa que como suplemento de las instituciones política existentes. Pero Hirst parece sobrestimar la capacidad de cooperación de las asociaciones, a veces minimiza la fragmentación y los posibles conflictos dentro de la sociedad civil, no aborda los temas prácticos de la gobernabilidad democrática en sociedades complejas, y asume que los ciudadanos realmente quieren participar regularmente en política. Streeck duda si las asociaciones participarían voluntariamente en la política democrática si ello les impusiera obligaciones, y menciona como ejemplo el caso de regiones prósperas que se resisten a apoyar las políticas redistributivas para subsidiar a regiones menos desarrolladas, los barrios acomodados que se niegan a pagar por obras de equipamiento colectivo para zonas populares, o los ciudadanos que no quieren que el dinero de sus impuestos se use para solventar servicios públicos para trabajadores migratorios<sup>7</sup>.

### Homeopatía y alopatía en los circuitos del archipiélago

Estos son problemas prácticos reales. Por eso no es cosa de privilegiar el movimientismo en detrimento de la lógica político-partidaria, ni la democracia directa sobre la democracia representativa, ni los esquemas corporativos a expensas de la representación territorial. Hablar del rebosamiento de la esfera clásica de la política liberal no implica pedir 'más sociedad y menos política'. Más bien significa que se debe pensar la política sin reducirla a sus encierros institucionales en el Estado, los partidos o el sistema electoral. Cuando se piensa en movimientos sociales en contextos democráticos, o en formas autónomas de resistencia y sociabilidad bajo regímenes autoritarios, es más productivo descartar las oposiciones maniqueas y plantear el problema en términos de la sociedad a pesar del Estado en vez de contra este.

Un enfoque más maduro debería reconocer la complementariedad de los circuitos, esto es, que la acción colectiva no se enfrenta con una opción simple del tipo 'o lo uno o lo otro'. Las opciones, cuando estas son posibles, no pueden ser vistas como manifestación de libre albedrío o como efectos estructurales necesarios; ellas dependen de la orientación estratégica, los recursos y los objetivos de los grupos involucrados. La efectividad de la acción colectiva en un campo multidimensional no pasa por apoyar opciones estratégicas monológicas o reduccionistas. Antes bien, requiere estrategias complejas de involucración simultánea en distintos circuitos. Quienes intervienen en la elaboración de las orientaciones estratégicas de un movimiento o de un grupo de interés saben que sería contraproducente –por no decir ingenuo– proponer que uno debe –o puede– rechazar la participación electoral o descartar de

---

<sup>6</sup> V. Paul Hirst: «Associative Democracy» en *Dissent*, primavera 1994, pp. 241-247.

<sup>7</sup> Wolfgang Streeck: «Inclusion and Secession: Questions in the Boundaries of Associative Democracy» en *Politics and Society* 20/4, 12/1992 (esp. pp. 518-519). Schmitter también menciona algunos de los supuestos prácticos que una democracia posliberal debería tomar en cuenta; v. «More Liberal, Preliberal or Postliberal?» en *Journal of Democracy* 6/1, 1/1995, p. 20.

antemano toda relación con el Estado o con los partidos políticos. Esto se debe a que uno nunca sabe lo suficiente acerca del terreno en el que se actúa, y al mismo tiempo a que la propia acción afecta a la naturaleza de ese terreno. Ya se aludió al caso de movimientos regionales y ecologistas que operan en sus respectivas arenas políticas nacionales, pero también en el campo de agencias supranacionales como las de la UE. Lo mismo vale para los partidos políticos, quienes presentan candidatos para elecciones locales, regionales y nacionales, pero también en elecciones para el Parlamento Europeo. Organizaciones sociales pueden competir por financiamiento público en el segundo circuito descrito por Offe y Schmitter, pero la legislación y las políticas públicas requieren algún tipo de intervención en el terreno más 'convencional' de la política de los partidos y del Estado. Organizaciones en el movimiento de mujeres han luchado por la igualdad de género dentro de partidos políticos, especialmente para obtener una cuota mínima de participación de mujeres en la lista de candidatos a cargos electivos de esos partidos. De manera análoga, los movimientos sociales generalmente luchan por la creación de programas, legislación, agencias y ministerios especiales abocadas a temas de género, medio ambiente, juventud, etc.

Resulta claro, pues, que la acción colectiva en un escenario político excéntrico implica endogamia y exogamia. Donolo se refiere a esto como dos opciones estratégicas –una homeopática y la otra alopática– en relación con la esfera Política<sup>8</sup>. Las estrategias alopáticas aparecen cuando hay comunicación entre dos circuitos, como cuando organizaciones sociales plantean demandas a la esfera política y esperan algún tipo de respuesta. La política, dice Donolo, interviene en la sociedad a través de legislación, políticas públicas y funciones reguladoras. Vale decir, política y sociedad tienen una relación alopática por cuanto aquella 'cura' a ésta a través de medios que son 'externos' a la sociedad. Pero esto funciona en ambas direcciones, puesto que la esfera Política clásica de partidos, gobierno y legislativo es incapaz de cubrir por sí sola la variedad de problemas y demandas que aparecen en la sociedad.

Como apunta Donolo, la esfera política sólo puede tratar aquellos problemas que se presentan ante ella como demandas organizadas –mejor aún: como demandas con suficiente respaldo social, electoral o de opinión pública como para ingresar en las agendas políticas– Los grupos organizados son fundamentales para lograr esa tematización, Dan visibilidad a intereses sectoriales, se encargan de la puesta en discurso de las demandas y movilizan recursos para obtener respuestas de la esfera política. El ámbito de las organizaciones sociales no sólo se vuelve complementario al del sistema político, sino también necesario para que los partidos y los representantes que operan en este sistema contemplen los problemas de aquél ámbito.

---

<sup>8</sup> Carlo Donolo: «Algo más sobre el autoritarismo político y social» en *Los límites de la democracia* vol. 2, CLACSO, Buenos Aires, 1985 (esp. pp. 56-58).

Las estrategias homeopáticas, en cambio, se refieren a lo que Donolo llama la posibilidad de 'curar' lo social a través de lo social, esto es, por medio de iniciativas mediante las cuales las propias organizaciones sociales generan propuestas y respuestas a demandas sociales sin pasar necesaria o exclusivamente por la mediación de la esfera política. Un ejemplo es la creación de «Casas de la Mujer» por parte de organizaciones feministas en distintos países: son lugares de refugio para mujeres golpeadas, pero también son espacios de reunión, debate y organización. Se puede agregar los programas de becas, polideportivos, mutuales y vacaciones financiados por sindicatos. Más recientemente está el trabajo de las ONGs en América Latina, especialmente en la época de gobiernos autoritarios. Ante la disolución o el vaciamiento de los espacios públicos, la proscripción u hostigamiento permanente de los partidos, o el control sobre temas de investigación y el contenido curricular de las universidades, muchas ONGs encararon proyectos de investigación y acción que contribuyeron a la reconstitución de organizaciones sociales desmanteladas y a la puesta en discurso de demandas y propuestas retomadas más tarde por partidos y movimientos políticos. La democracia, alega Donolo, podría ser descrita como un tipo de régimen que no impide una terapia homeopática de lo social.

En todo caso, las estrategias homeopáticas y alopáticas no son mutuamente excluyentes. Las organizaciones sociales generalmente combinan ambas en estrategias híbridas. La alopátia (una iniciativa social dirigida a instituciones estatales en espera de respuestas políticas) se puede articular con la homeopatía (una iniciativa social que busca una respuesta endógena independientemente del sistema político).